

lón de azúcar y sembrada de islitas cubiertas de palmeras y de helechos gigantes, con vastísimos bosques espesos semejantes á apretadas columnatas de catedrales sin cuento, poblados de monos y panteras, recorrido por bandadas de papagayos verdes y encarnados, envueltos en nubes de piedras preciosas y de flores con alas y de coleópteros luminosos.

Como la conversación se prolongara sobre el mismo asunto, todos los pasajeros que habían visitado el Brasil se pusieron á relatar y á describir á una vez; y toda la flora y la fauna brasileñas fueron puestas de arriba abajo, y pasaron por encima de la mesa los tapiros y los cocodrilos de los inmensos ríos, los enormes sapos que ladran, los monstruosos murciélagos que desangran á los caballos, las horribles serpientes que chupan el seno á las mujeres, y las ranas que cantan en las copas de los árboles, y las tortugas de dos metros de largo, y las grandes hormigas de San Pablo que se comen fritas los indígenas; y como á la descripción se uniera la armonía imitativa, fué aquello una batahola de mugidos, de graznidos y de silbidos que parecía que nos encontrábamos en medio de un bosque de los trópicos, y algún momento se experimentaba cierta sensación de espanto.

Los únicos que no sentían nada eran los esposos, quienes, aprovechando la distracción de

los que hablaban, pasábanse con cuidado el brazo alrededor del talle, saeteados por los ojos de la pianista; y la señora rubia, la cual distribuía miradas ardientes al argentino, al peruano, al toscano, al tenor, con una prodigalidad en verdad un si es no es demasiado llamativas; tanto que el capitán, al fin, dejó escapar de sus labios su frase de admonición:—Esta señora empieza á estomagarme.

Pero fué tranquilizado por el brindis del marsellés, el cual se puso en pie, y echando hacia adelante el busto patagónico y levantando por encima de la cabeza la copa de champagne, dijo con grave acento:—*¡A la salud de nuestro bravo comandante... por la Sociedad de navegación... por la Italia, señores!*—Y todos aplaudieron, excepto el molinero. Y yo le perdoné en aquel momento el insulto que hacía á mi lengua y el que se imaginaba haber hecho á mis conciudadanas.

*
**

Quando nos levantamos de la mesa subimos al puente de mando, precedidos del cuarto piloto que llevaba una brazada de cohetes, de ruedas y de candelas romanas.

Con trabajo estábamos allí todos, y yo fui empujado hacia la izquierda, delante del sobrecargo y en medio del «ahorcado» y del «director de la Sociedad de expurgo inodoro».

La proa estaba ya de bote en bote; pero como el cielo se había cubierto de densas nubecillas y sólo enviaban una luz velada los tres faroles blanco, encarnado y verde, que lucían como si fueran tres ojos á los dos extremos del puente y en el tope del palo, toda aquella muchedumbre quedaba casi en tinieblas; y de aquella oscuridad salían, con cien sonidos distintos, cantos de borrachos, risotadas de mujeres y gritos de chiquillos, que parecían salir de una multitud diez veces mayor. Parecíame encontrarme bajo la azotea de una casa municipal en la noche de una manifestación carnavalesca contra el alcalde. Cuando se encendió el primer fuego de bengala, se oyó un estallido de vivas y se vieron mil seiscientos semblantes iluminados, un gran gentío apiñado sobre las carlingas y los parapetos, acurrucada sobre el techo de la repostería y sobre las cofas, cogido fuertemente al cordaje, que había trepado sobre las banquetas, sobre las sillas, sobre los toneles, sobre el lavadero; y de aquel modo no quedaba descubierto ni un palmo de tablado, y hasta los contornos del buque estaban tapados por las personas; de modo que toda

aquella multitud parecía suspendida en el aire y como si volase lentamente por encima del mar como un enjambre de espectros.

*
* *

En medio del profundo silencio de admiración alzábanse algunas aisladas voces de los burlones con exclamaciones de broma, admirativas, especialmente.—Después reinó silencio en todos, y se volvía á oír distintamente el silbido de los cohetes y el ruido cadencioso de la máquina. Chispas de fuego caían en el mar tranquilo como balsa de aceite, al que no encrespaba ni una ráfaga de viento, y los cohetes se desvanecían en el inmenso cielo silencioso, casi estallaban y sin hacer ruido, como si fuese en el vacío.

A cada aparición de luz se me presentaba entre la muchedumbre alguna cara conocida; ora el soberbio rostro de la boloñesa que les llevaba de la cintura para arriba á todas sus vecinas; ora el semblante extático del escribanillo, ya la negra faz de los brasileños encerradas en un círculo de rostros encendidos; allí abajo, la cara redonda de la campesina de Capracotta; junto al carnicero, el rostro impasible del

fraile, y en el fondo, en el castillo de proa, la máscara misteriosa del saltimbanqui. Y se veía que había allí parejas estrechadísimas á las cuales la irradiación imprevista de una girándula obligaba á corregir con presteza su postura, y las risas sofocadas, las voces de reproche y los chillidos que se escapaban al mismo tiempo, acusaban una gran labor de pellizcos y de palmaditas audaces y obstinadas.

—Esta noche—dijo el sobrecargo—el pobre jiboso tendrá que sudar sangre.

*
* *

Entretanto, las luces de bengala teñían sucesivamente todas aquellas caras, de púrpura, de blanco, de verde, y á cada nuevo estallido de cohete sonaban más fuerte los gritos: — ¡Viva América! ¡Viva el *Galileo!* — y más rara vez ¡Viva Italia! Y por encima de las cabezas se veían moverse sombreros, pañuelos, copas, y muchachos al cuello de las madres que agitaban los brazos desnudos, verdaderas imágenes vivas de la despreocupación infantil de aquella alegría del pueblo, la cual sofocaba por un momento tantos dolores. Al fin, los fuegos terminaron, y el barco volvió á quedar negro; pero sin que

cesase la fiesta, profundizamos gritando y cantando en las tinieblas del otro hemisferio.

Pero la alegría sin causa de aquella muchedumbre, en aquel confín de un nuevo mundo, en aquella soledad, de noche, me dió más lástima de la que jamás me produjera su tristeza; me parecía una luz siniestra que lanzaba ella misma sobre su miseria, y me oprimía el alma.

¡Oh miseria errante de mi país, pobre sangre sacada á las arterias de mi patria, hermanos míos lacerados, hermanas mías sin pan, hijos y padres de soldados que han combatido y combatirán por la tierra en la cual no pudieron ni podrán vivir, yo no os he amado jamás tanto, jamás como aquella noche he comprendido que de vuestros padecimientos, de la desconfianza amenazadora con que nos miráis algunas veces, somos culpables nosotros; que de los defectos y las faltas que os echamos en cara en el mundo, estamos llenos nosotros también, porque no os amamos bastante, porque no trabajamos como debiéramos por vuestro bien! Y jamás he experimentado tanta amargura como en aquel momento en que no podía dar por vosotros mas que palabras. Pensé en el último sueño de Fausto: abrir una nueva tierra á miles y miles, y verla florecer de mieses y de caseríos bajo los pasos de un pueblo trabajador,

libre y contento. Por esto sólo importaría vivir: porque la patria y el mundo sois vosotros, y mientras vosotros lloréis sobre la tierra, todas las felicidades de los demás serán egoísmo, y todas nuestras jactancias mentira.



XII

EL PEQUEÑO GALILEO

DESPUÉS de aquel día de jolgorio y franca-chela, como sucede siempre, volvió á caer el fastidio sobre el barco más pesado que nunca, acompañado de un calor fuertísimo y aumentado por el espectáculo de un mar de color repugnante, el cual daba la imagen de aquello que se dice de que el mar sería, si no hubiera impedimento para la prodigiosa multiplicación de ciertos peces, una espantosa y pestilente carnaza de merluzas y de arenques en putrefacción.

Oprimidos por aquel tedio, y todavía entontecidos por los desórdenes del día antes, la mayor parte de los pasajeros de tercera no se levantaba ni siquiera cuando los marineros, al hacer el acostumbrado baldeo con las bombas,